

Libros

CUATRO TEXTOS DE AZAÑA

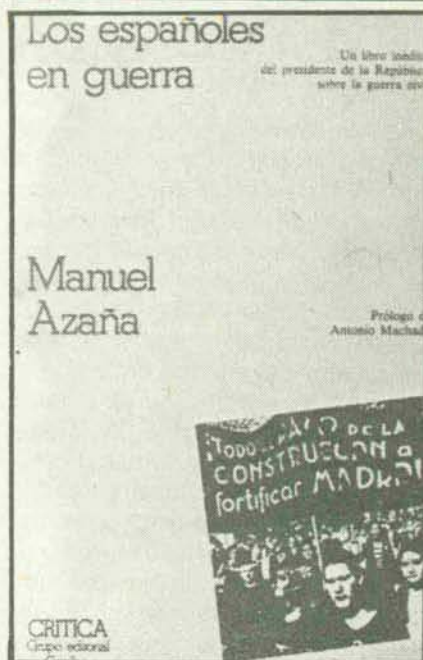
«No hay español propiamente dicho que no crea en la profunda eficacia de la moral para la lucha, y que es, precisamente, en la moral donde tiene el hombre sus más poderosos resortes polémicos», nos dejó dicho el bueno de don Antonio Machado en las páginas prologales a la importantísima obra de Manuel Azaña «Los españoles en guerra», editada por vez primera en Barcelona el año 1939 y cuya edición no llegó a distribuirse. Ahora, gracias a una editorial española (1), que ya con anterioridad nos ofreció los textos de crítica artística titulados «Plumas y palabras» del mismo Azaña, tenemos a nuestro alcance este conjunto de interpretaciones históricas del presidente republicano.

«Los españoles en guerra» es la compilación de cuatro discursos pronunciados en plena beligerancia de la Guerra Civil en el Ayuntamiento de Valencia (21 de enero de 1937), en la Universidad valenciana (18 de julio de 1937), en el Ayuntamiento de Madrid (13 de noviembre de 1937) y en el Ayuntamiento de Barcelona (18 de julio de 1938). Tales discursos suponen un intento de esclarecimiento de la situación que sobrevino con motivo de la revolución militarista encabezada por el general Franco. Pero el gran interés de esa explicación realizada por Azaña está justo en la calidad de íntima vivencia que significaba entonces asistir de forma tan directa, desde el poder político, a aquellos cruciales momentos de la realidad del país.

En su primera intervención en Valencia, Azaña dejó claro que el hecho bélico tenía su causa en que «gran parte de las fuerzas armadas de la nación en connivencia y como brazo ejecutor de partidos políticos adversos al régimen, se sublevó contra el Gobierno republicano con el propósito de derrocar por la fuerza el régimen que la nación, libremente, por el sufragio universal, se había dado».

Durante toda la trayectoria dialéctica, el presidente republicano esclarece interpretaciones sutilísimas sobre el desarrollo y distintas circunstancias del acontecimiento militar. Por encima de todo, preocupaba a Azaña la internacionalización del conflicto, en primer lugar por la injerencia extranjera, lo cual hacía cambiar de rumbo las tácticas de defensa tanto militar como política, y en segundo lugar porque consecuentemente lo que empezó siendo una guerra de independencia, podía muy bien concluir como una conflagración multinacional. En tal sentido se integran las severas críticas al tristemente famoso Comité de Londres que nació como teórica salvaguarda de la paz española y sistema de asegurar la no intervención en el conflicto hispano de los miembros que lo integran. Siendo además un organismo ejecutivo en el que las potencias (?) pretenden emular, y hasta en ciertos aspectos, subestimar a la Sociedad de Naciones, el Comité de Londres sólo se convirtió en atalaya distante para contemplar pasivamente cómo se destruía un pueblo.

Pero de entre todos los instantes negativos que ensordecían al país y a la causa republicana, salta uno con evidentes signos de esperanza y que Azaña exalta con la mayor sinceridad. Se trata de la transcendencia de la capacidad de superación moral del pueblo español. Sin falsos y teóricos idealismos, parte Azaña de considerar que «nuestro pueblo es un pueblo generalmente desconocido de todos, y particularmente de nosotros mismos (...). El pueblo español es un pueblo terrible, principalmente para sí mismo, porque es el único pueblo de Europa capaz de clavar en su cuerpo su propio aguijón». Por esto mismo, los fieles al bando republicano se han levantado desde ellos, configurándose en potencia militar que, aunque breve y mal dotada, queda enardecida por la elevada moral de victoria de que se hace alarde continuamente. Ese supremo valor de la resistencia española es lo que para Azaña da ejemplo de fe nacional: «El milagro de hacer un ejército es infundirle moral, infundirle un espíritu de abnegación tranquila, sin aspavientos, capaz de elevarse al sacrificio anónimo, que nadie va a conocer perso-



nalmente». He aquí, sin más calificativos, la síntesis de la causa popular. La oratoria de Manuel Azaña, siempre encendida y verbalmente barroca en precisiones de un indudable calibre literario, se nos ofrece aquí como un sencillo reguero de confesiones sin límites. No es que haya cambiado el escritor, sino que el motivo se ha trastocado: el Azaña de, por ejemplo, «El jardín de los frailes», levemente conceptista para expresar el recuerdo, es ahora una voz dolorida que se entrega sin dudas a la expresión de un motivo capital, cual es la defensa del poder político que el pueblo español ha elegido libremente y que se ve atacado por la fundada revolución militarista. Es, como nos dice Antonio Machado, una voz «con timbre inconfundible, clara y viril, sin la menor jactancia para ser escuchada por todos».

Cuanto podamos decir del presente libro sería poco y pobre, pues su auténtica riqueza y aportación está en la atenta lectura de sus páginas, que nos revelarán lo que significó en el espíritu del representante del poder republicano la Guerra Civil. Ya nos lo advierte Machado en su prólogo: «Leed con toda la atención de que seáis capaces los cuatro discursos de don Manuel Azaña dirigidos a la nación española», porque «algún día serán leídos como esenciales documentos históricos y se pronunciarán sobre ellos juicios de una madurez a que nosotros no podemos aspirar» ■ FIDEL VILLAR RIBOR

(1) Manuel Azaña: Los españoles en guerra. Editorial Crítica (Grijalbo). Barcelona, 1977.